Un curioso pero mortal cuento de piojos, pulgas y garrapatas, sacado de la triste realidad en que vivimos en el México del siglo XXI: Aprendizaje de la medicina basada en cuentos

A curious but deadly tale about lice, fleas and ticks, taken out from the sad reality we live in the twenty-first century in Mexico: Stories-based learning in medicine

Carrillo Ibarra Jesús,* Varela R Juan R,*
Almanza Chanona J Luis,* Núñez Orozco Lilia**

* Facultad de Medicina U.S. Universidad Autónoma de Coahuila.
** Centro Médico Nacional 20 de Noviembre, ISSSTE, Ciudad de México, D.F.

Miseria Persistente Días, 10 años; Hambres Diario Benites, nueve años; Guerroso Reciente Sicario, ocho años, son tres pequeños, alegres, inquietos y jugueto-nes, a quienes, como la inmensa mayoría, les fascinan las mascotas. Cada uno tiene su propia mascota: "Greñas" es de Miseria, mientras que "Canelo" de Hambres y "Pulgas" se ha encariñado con Guerroso.

Son perros callejeros, de lo que se deduce que estos juguetones y mugrosos canes jamás han sido bañados y mucho menos vacunados; su naturaleza callejera les permite entrar y salir a placer de las humildes viviendas de sus pequeños dueños.

Por las tardes de quemante y soleado calor norteño, Miseria, Hambres y Guerroso, cuyos nombres a propósito son mera coincidencia con los Jinetes del Apocalipsis (Miseria, Hambre, Guerra y Muerte), quienes han sentado sus reales en todo México y son ahora tan frecuentes en este bello y otrora maravilloso estado de Coahuila. Estos personajes, al igual que todos los niños de su edad, por las tardes salen a jugar con sus mascotas colmándolos de besos, en juegos que se funden en abrazos y rodamientos sobre el suelo terroso y polvoriento, abundante en excretas y suciedad.

Al calor de la tarde, y aun sudorosos todos, con los efectos del cansancio y sintiendo hambre, que a cualquier edad es desquiciante, pero resulta encabritadamente tormentosa en la niñez, cuando el hambre te llega, no hay piedra, pan, tortilla, frijoles o lo que sea que aplaque esa fiera interior y, por tanto, a nada se le hace el feo.

-¡A cenar hijita! –dice la madre de Miseria– te hice unos frijolitos, por favor cuenta las bolitas porque debe de alcanzar para tus hermanitas, para mí y para tu padre –dice con dulzura la madre, aunque con un dejo de tristeza ante la obvia imposibilidad de darle más alimento a su pequeña hija–, Miseria, sin decir más, se acerca a la que sirve como mesa y que no es otra cosa que tres cajas jitomateras colocadas en la esquina de esta humilde vivienda, que consta de dos cuartuchos de cuatro por cuatro metros sin baño, ni agua de ningún origen, ni de lluvia, ni potable, ni de acarreo, sin drenaje, sentados sobre un piso terroso seco y polvoriento en el verano, húmedo y frío en el invierno; en uno de esos cuartos duermen Miseria, su Ma', su Pa', sus dos hermanas gemelas de apenas dos años de edad. La cocina, situada en el más pequeño de los dos cuartos, prácticamente al aire libre, está cubierta con un techo a base de cartones de diversa índole, que soportan a través de sus agujeros naturales las embestidas del aire del desierto de Saltillo, que si bien dicen por ahí "No apaga una vela, sí mata a un cristiano". En medio de este cuarto se ubica el brasero que en todo el año hace las veces de estufa y en el invierno se convierte en un peligroso y mortal calentador. El padre de Miseria, de oficio albañil, trabaja de sol a sol y por su jornada percibe un exiguo y mísero salario que alcanza para medio comer y escasamente para vestir y de paso para mantener al "Greñas", la adorada y multicitada mascota, quien se da el lujo perruno de dormir en medio de todos, comparte ese pequeño y estrecho espacio en donde por las noches se combinan todo tipo de aromas de todas las excreciones corporales posibles y factibles, así como todas las expresiones de afecto entre mascota y personas.

Por otra parte, la vida de su amigo Hambres Diario Benites es semejante a la de Miseria y a la de millones de niños mexicanos en lo general y de niños coahuilenses en lo particular. Hambres y sus tres hermanos fueron abandonados por su padre, que se fue quién sabe a dónde y quién sabe con quién, dejándolos en la casa que carece de lo que llaman los técnicos comunitarios, los mínimos servicios necesarios para sobrevivir, donde coinciden la mamá de Hambres y sus tres hermanos además del "Canelo" con sus inseparables pulgas y garrapatas que hacen el maravilloso juego nocturno de intercambio e infestación de piojos, pulgas y garrapatas en una red social que avanza día a día. Así pasan del invierno a

Correspondencia: Jesús Carrillo Ibarra
Correo electrónico: jesscai@yahoo.com

Artículo recibido: Mayo 12, 2014.
Artículo aceptado: Julio 28, 2014.

la primavera, de ésta, al verano, resistiendo el calor y el frío, departiendo la vida en medio de suciedades que hasta ahora el destino les ha impuesto.

Guerroso Reciente, igual que sus fieles amigos, es también un conviviente de las mismas condiciones y estas tres familias forman parte de las 80,000 con un promedio de cinco a siete miembros que se ubican actualmente en la bella ciudad de Saltillo.

La madre de Guerroso, mujer trabajadora e incansable, hace las veces de padre y madre, labora más de 15 horas en una maquiladora; su padre, un hombre sin oficio ni beneficio; los Reciente se recogen a dormir temprano, incluyendo su querida y bien afianzada mascota el "Pulgas", que basta con sacudirlo al aire para que salten, como destellos de luciérnaga, las innumerables pulgas y garrapatas, a las que los niños al verlas, cogen y truenan felices entre sus dedos.

Así pasan los días, los meses y los años, en esa cotidianeidad en que los sume la pobreza, el hambre, la guerra y que hace que estos seres pequeños sientan y vivan en un mundo que para ellos es único, pues lo demás es inalcanzable e inexistente.

Estamos en pleno marzo de 2013, el calor apenas comienza, hay aún mañanas de frío intenso, que cala, que penetra, dejando una herida en aquéllos que cohabitan en la inmunda e inmerecida desnudez y desamparo. Lo raro de hoy es que Miseria no fue a clases, pues desde que se levantó le refirió a su madre dolor de cabeza y cansancio, por lo que ella decidió no llevarla a la escuela, le dio un té de manzanilla, unas aspirinas y la dejó que durmiera el resto de la mañana. Transcurrió el día entero en cama, obvio con su fiel "Greñas" a su lado y por la tarde recibió la visita de sus fieles amigos, el Hambres y el Guerroso quienes esperaban ver a su amiguita, pero esto no fue posible; a la mañana siguiente Miseria seguía igual, por lo que su madre, por demás alarmada, la llevó a un médico particular, cerca de la colonia; el doctor le tomó la temperatura (38 grados centígrados), le revisó la garganta y para fines más que prácticos fue toda la consulta, un interrogatorio escaso y una revisión física exigua. Aun cuando la madre de Miseria le dijo insistente al joven médico -Doctor, la niña tiene una mancha negra en su estómago, cercana a su ombliguito y alrededor de ella otras manchitas rojas abultaditas, el galeno dijo tajante –"Esto es un cuadro de alergia a las proteínas animales, es muy común a esta edad" (cabe decir que Miseria nunca en su corta vida había probado las proteínas animales), le dijo el médico a la madre. -"No te preocupes, mujer. En dos o tres días esta muchacha estará diferente".

En eso sí que atinó nuestro galeno, pues exactamente al quinto día con esa exactitud hipocrática de las enfermedades, Miseria ardía en calentura, su carita parecía una brasa, toda desvencijada, con todo su cuerpecito flojo, su madre angustiada; nada más preocupante y de mal presagio que una madre en angustia. Como pudo, la pobre mujer la llevó a urgencias del centro hospitalario más cercano, en donde fue revisada por un médico profesional, con notoria experiencia, quien al mismo tiempo que indicaba a su enfermera que desvistiera a la niña, que lucía una mirada perdida, realizaba un interrogatorio indirecto a la madre.

-Mire doctor –le dijo una de las enfermeras– la niña tiene un eritema macular que le abarca todo su cuerpecito. Así es, asintió el doctor con notoria preocupación en su rostro, a la vez que dijo categórico, -el eritema rodea esta mancha necrótica aquí justo en el ombligo de la niña, la cual tiene la apariencia de una mordedura de garrapata. Inmediatamente le dijo a su enfermera: -por favor, tómele de forma urgente una biometría hemática, que incluya plaquetas, pruebas de función hepática, reacciones febriles, electrolitos séricos, una radiografía de tórax, así como grupo sanguíneo y Rh y vamos a pasarla de forma inmediata a la Unidad de Cuidados Intensivos.

No transcurrió mucho tiempo de la llegada de Miseria a este mundo ni a este hospital, pero su suerte ya estaba definida. Habían transcurrido casi siete días desde el inicio de su estado actual, el cual era sumamente grave, a pesar de todos los rezos y oraciones a toda la corte celestial. Dos horas después se reportaron los resultados: hemoglobina 8 gramos, 20,000 leucocitos, 20,000 plaquetas, reacciones febriles con un proteus OX-19 de 1:1120. Al ver estas cifras, el propio médico no sólo se sorprendió, sino que al igual que la madre, se angustió por su pacientita; sin embargo, como todo buen médico, su cara trató de mostrar serenidad, aun cuando de antemano el pronóstico en el papel y en la realidad era poco alentador. Al poco tiempo de su ingreso, la pequeña Miseria empezó con acentuada somnolencia, su Glasgow descendió bruscamente hasta alcanzar la escala de 8 por lo que rápidamente fue intubada, luego aparecieron las crisis convulsivas y fue impregnada con fenitoína endovenosa, pero a pesar de los pesares y en menos de seis horas de ingresada al hospital y aún con la excelente voluntad y profesionalismo de estos médicos, la pequeña Miseria murió. Escenas desgarradoras se dieron cita en el área de urgencias, gritos y alaridos de familiares y amigos de la pequeña, gritos que rompían el inmaculado silencio de la noche y se abrían espacio tratando de reclamar una mejor vida para esta pequeña difuntita; siguieron días de frío intenso y duelo desolador, como si el clima tratara de imponer más dramatismo al ya existente; su afligida madre recibió innumerables condolencias, entre ellas la de sus asustados y consternados amiguitos Hambres y Guerroso sin saber aún lo que a ambos les esperaba.

Ni transcurrido el novenario, cuando el siguiente lunes quien faltó a la escuela fue Hambres, raro en él faltar; si bien no era un estudiante dedicado, el tiempo en la escuela lo dedicaba a jugar y hacer amigos, pero ese día amaneció afiebrado. Decía: – Mami "Me siento demasiado cansado" -Hijito –le dijo su madre– es por tanto tiempo que pasas con ese perro. Sin ella saberlo (todas las madres tienen algo de sabiduría intuitiva, algunos dicen que hasta inspirada por la divinidad) tenía razón. Procedió a darle un tecito calientito, desconfiada por los recientes sucesos, lo arregló, le puso sus mejores ropitas, le aliso las greñas con un poco de agüita y otro tanto de salivita para que lucieran un poco aplacadas, lo tomó del brazo y al médico lo llevó, ya no con el de la colonia, otro más lejecitos, lugar a donde llegaron demasiado pronto y esperaron prudentemente su turno. Salió a atenderlos una secretaria de "muy buen ver y de mejor tocar", era un lugar

bonito, espacioso, amueblado con buen gusto. No transcurrió mucho tiempo cuando se presentó una joven y atractiva doctora, quien celular en mano no dejaba de hablar por el mismo y al tiempo interrogaba a la madre de Hambres -¿Qué le pasa a su Bebé, señora? –dijo con voz dividida entre el celular y la madre del pequeño– Pues está malito, desde ayer por la tarde empezó con calentura, su carita muy roja, y tiene ronchas por todos lados de su cuerpecito, que aunque éstas no le molestan, se queja de mucho dolor de cabeza, hoy, además, amaneció con asco y ha vomitado en dos ocasiones –contestó la madre con voz entrecortada–. Por su parte, nuestra joven y atractiva doctora, sin soltar su celular, revisó al propio Hambres que ya para esa hora era un carbón ardiente, ya no le alcanzó ni el termómetro, la fiebre pasaba los cuarenta grados, mientras que la doctora con toda la desfachatez le checó el pechito y sus pulmoncitos y le dijo a la madre -"Todo está bien" no hay neumonía y su corazón está latiendo bien -¿Segura doctora? –le inquirió la madre con jiribilla, así como preguntan todas las madres cuando dudan, cuando están inconformes o insatisfechas, cuando no le creen ni al cura, mucho menos a una doctora de celular en mano–. Ésta le contesta a la afligida madre -Sí mujer, no te preocupes, verás, le daré unos analgésicos, un antiviral y mañana tu muchacho va andar brincando como si nada –sin dejar su celular y mucho menos dejar de hablar a través de él–. Hizo como pudo la receta y así salió nuestra atormentada madre no sin antes dejar un mes de trabajo ante el pago de honorarios de esta doctora con actitud de pocas madres.

Pasaron cinco o seis días de los malestares de Hambres, su madre no soportó y con la ayuda de solidarios vecinos fueron llevados al hospital general; apenas llegaron y fueron recibidos por un equipo médico, en donde Hambres fue explorado conforme lo marcan los cánones de la propedéutica médica, de pies a cabeza y su madre interrogada de pe a pa. Hambres lucía escuálido, más bien ya no lucía, estaba pálido como la cera, somnoliento, ardiendo en calentura – con un exantema eritematoso escamoso que abarcaba todo su cuerpo, incluyendo su carita que ya para esos instantes era cara de angelito–; llamaba la atención de forma notoria la presencia de abundantes petequias en su pecho y espalda. Tómele por favor exámenes urgentes –dijo el médico solícito a su enfermera– y pasémoslo a Terapia Intensiva, este niño viene bastante grave. No pasaron ni 30 minutos cuando ya se tenían los resultados de los exámenes requeridos reportándose en ellos una hemoglobina de 6 gramos; 15,000 leucocitos con neutrofilia y cero bandas; 30,000 plaquetas y unas reacciones febriles con un proteus OX-19 en 1,280; para ese entonces las medidas terapéuticas se habían iniciado de forma por demás intensiva a base de reposición de líquidos, manejo de electrolitos, administración de antibióticos endovenosos; sin embargo, una o dos horas después de su ingreso a Terapia, Hambres presentó mayor deterioro neurológico, incluyendo crisis convulsivas parciales focalizadas a su extremidad superior izquierda secundariamente generalizadas, mismas que recibieron manejo médico endovenoso apropiado. Dada la focalización tan notoria de dichas crisis, decidieron tomarle una tomografía computada de cráneo para descartar en Hambres una lesión ocupante de espacio como un absceso cerebral, un tumor o una posible hemorragia parenquimatosa asociada a la trombocitopenia severa. Sin embargo, y para fortuna de males, ésta fue normal, por lo que al no haber una lesión ocupante de espacio, pero sí plaquetas demasiado bajas, los médicos decidieron esperar unas horas para realizar una punción lumbar para un estudio integral de líquido cefalorraquídeo; sin embargo, el deterioro de este niño era rápido y progresivo; afuera la madre y sus vecinos rezaban incansables e incontenibles a San Jorge Bendito para que amarrara sus animalitos, a Santa Anita para que ya detuviera esta epidémica mortandad; porque ante la gravedad de una enfermedad hay que recurrir a todo, que Dios se involucre y tome su parte debidamente correspondiente y no les deje todo el paquete a los ya de por sí atareados médicos; pues así pasó, como pasan las desgracias esperadas, unas; inesperadas, otras; aún con rezos, rosarios y demás, el Glasgow de Hambres progresó de12 a 10 y luego a 8; lo intubaron oportunamente, sin embargo, los días de retraso, diagnósticos superfluos y demás, la carencia de una revisión clínica sistemática y detallada hicieron llegar a Hambres a un estado de gravedad irreversible, con daño a órganos múltiples, algo tan evidente como su posible, y para esas alturas, esperada muerte, muerte que pesa, porque las muertes de niños inocentes pesan, marcan y son indiscutiblemente dolorosas. Al ser notificada la madre de la defunción de Hambres, aquello era una locura, llantos y gritos desgarradores rompieron la quietud del silencio del amanecer. ¡Cómo era posible!, se decían unos a otros como en todos estos casos, en donde el chisme toma su lugar y el rumor avanza. ¡Se lo llevó Miseria, lo necesitaba con ella allá en el cielo!, otros gritaban a voz en cuello. Eran tan amigos en vida que ni en la muerte pudieron estar separados.

Pero detrás de todo esto se corrió el rumor, primero en la colonia, luego en las cercanas y, finalmente, en todo Saltillo, que una bruja los había hechizado; otros decían que les habían dado dulces envenenados. En eso estaban y como si esto fuera poco y como dicen, detrás de una desgracia viene otra.

Aun se escuchaban los sollozos, estaban enrojecidos los ojos y las lágrimas rodaban por las tristes mejillas de los familiares de estas pequeñas víctimas, cuando Guerroso empezó diciendo a su madre -"Mami, me siento mal". Con sólo escuchar esto, su madre palideció, sintió que se le aflojó todo, principalmente las piernas. -¿Desde cuándo te sientes mal hijito?, preguntó su madre a Guerroso. A lo que éste respondió: -"Desde que sepultamos al Hambres". Su madre casi se queda muda, pues de eso habían transcurrido más de quince días, volvió los ojos al cielo, como buscando ayuda. Se sentía culpable, pues días atrás se fue a realizar turnos dobles y triples para tener un poco más de ingresos y había dejado a sus hijos con la abuela del Guerroso, una mujer entrada en años, 80 para ser exactos, sorda y casi ciega la pobre mujer. El niño ya le refería a su abuela que se sentía mal, que le dolía su cabeza y tenía asco; iba el pobre a la escuela como ido, como sonámbulo, ese viernes lo regresó su maestra a casa con uno de los conserjes y se lo dejó a la abuela, quien dada su edad la pobre no hizo más que consolarlo entre sus piernas con palabras dulces y caricias tiernas.

Su madre vio a Guerroso con ojos de angustia, lo cambió inmediatamente, al quitarle su ropita notó un color rojizo en toda su piel, pero no en su carita ni en las palmas de las manos ni en las plantas de los pies; salieron de casa y tomaron el primer taxi que pasó; llegaron al hospital más cercano, pero como si las desgracias vinieran como cuentas de rosario, unidas por el mismo hilo y una detrás de la otra, el Servicio de Urgencias en ese momento estaba cerrado, resguardado por soldados y marinos, pues habían herido a varios soldados en un enfrentamiento con sicarios y pues ellos recibían toda la atención, todo lo demás puede esperar, hasta el pobre Guerroso; su madre no se movió, esperó estoicamente hasta ya entrada la noche, cuando un médico se acercó a ella y con voz pausada y atenta le pregunto: -¿Qué le pasa a tu hijito? -No lo sé doctor –respondió la madre– Lo veo muy malito, hoy por la mañana platicaba y véalo usted, desde el mediodía así está, apenas si abre sus ojitos. -¿Cómo se llama el niño? –preguntó el doctor– Guerroso Reciente –aseveró la madre rápidamente–, este experimentado doctor pasó a la madre y al enfermito a un consultorio y realizó una exhaustiva y detallada exploración física al mismo tiempo que preguntaba a la madre -¿Cuántos días lleva así tu hijo? -Diez o doce días –contestó la madre con voz trémula–. ¡Dios nos libre! –exclamó el médico– al tiempo que hablaba en voz alta, como si dictase una nota médica: "ocho años de edad, diez días con fiebre, eritema generalizado, dolor de cabeza, anorexia y vómito en varias ocasiones, cinco para ser exactos repitió en voz alta y acentuado deterioro de su estado neurológico". Sin pensarlo más llamó a su enfermera a quien le indicó exámenes urgentes y el traslado del niño a la Unidad de Cuidados Intensivos. Apenas si ingresó a esta Unidad, Guerroso empezó a convulsionar de forma intensa, su cabecita y su mirada lateralizada a la derecha, con movimientos de torsión de diversas partes de su cuerpecito, su respiración agitada y su mirada perdida, aislada, como miran los moribundos, hacia el infinito de aquí y el finito de allá; ya nada ni nadie pudo hacer algo, entró en un post ictal prolongado del que jamás regresó muy a pesar de todas las medidas pertinentes al caso, todo fue inútil: después de exhalar un suspiro profundo, Guerroso dejó de existir, se quedó tieso, inerte e inerme. Estos dramáticos instantes fueron rotos por la entrada inesperada de la madre, quien al ver el cuerpecito de su hijo cayó, más que con su peso corporal, con el peso de la culpa. Afuera ni qué decir, aquello era una locura. Los vecinos proferían gritos desgarradores, otros se preguntaban que por qué a ellos, si era castigo de Dios o qué pasaba, tres muertitos de la misma colonia en menos de un mes. La prensa escrita refería en sus encabezados: "EPIDEMIA MATA A NIÑOS EN COLONIAS DE EXTREMA POBREZA", "MUEREN SIN ATENCIÓN EN MEDIO DEL HAMBRE, LA SUCIEDAD Y LA POBREZA EXTREMA" decían otros, pero de las autoridades, nadie decía esta boca es mía.

Después de la muerte de Miseria Persistente Días, Hambres Diario Benites y Guerroso Reciente Sicario, cayeron enfermos adultos hombres y mujeres de diferentes edades y hasta un niño de dos meses que la prensa escrita con enormes títulos en sus diarios señalaba: "EPIDEMIA DE GARRAPATAS MATA A NIÑOS, JOVENES Y ADULTOS EN SALTILLO", otros señalaron: "PIOJOS, PULGAS Y GARRAPATAS INVADEN Y MATAN EN COAHUILA".

Ya para entonces, y a insistencia de la prensa escrita, hubo como siempre reunión de expertos, hablaron unos, después otros y otros, mas no siempre las conclusiones coincidieron, porque cuando de políticos se trata, la mentira o la negación ronda de por medio; hubo quien dijo: "No debe saberse que estamos infestados de piojos, pulgas y garrapatas", pues se afectan nuestros negocios y se afecta nuestra economía, hay que ocultar todo esto, dijeron; que no se sepa cuántos muertos van, que los mismos sean enterrados lo más rápido posible, nada de autopsias ni cosas por el estilo, ni más rezos ni procesiones, mucho menos misas de cuerpo presente.

El pueblo alzó la voz y como siempre la verdad emerge, salió a relucir que en Saltillo hay 80,000 familias que al igual que las de Miseria, Hambres y Guerroso viven en la inopia, en la extrema pobreza, comen cuando bien lo hacen, una tortilla al día, se reparten los granos de frijoles. Y proteína animal, ¿cuál proteína animal?, ésta es una palabra prohibida y, por si fuera poco, hay una epidemia de rickettsiosis que sigue cobrando vidas inocentes.

Este cuento es sacado de la realidad con personajes reales, con nombres ficticios por respeto a sus vidas y a sus muertes, pero con necesidades reales, en un Saltillo del México del siglo XXI.

Lecturas recomendadas acerca de la narrativa como estrategia pedagógica:

Ochoa FL, Suárez DH. Fascículo 3. ¿Cómo documentar narrativamente experiencias pedagógicas? 1a. Ed. Buenos Aires: Colección de Materiales Pedagógicos Fundación Laboratorio de Políticas Públicas; 2007.

Ochoa FL, Dávila P, Suárez DH. Fascículo 4. ¿Cómo escribir relatos pedagógicos? Orientaciones y ejercicios para la práctica de escritura de relatos pedagógicos. 1a. Ed. Buenos Aires, Colección de Materiales Pedagógicos. Fundación Laboratorio de Políticas Públicas; 2007.

Ochoa FL. Fascículo 6. ¿Cómo editar pedagógicamente los relatos de experiencias? 1a. Ed. Buenos Aires: Colección de Materiales Pedagógicos. Fundación Laboratorio de Políticas Públicas; 2007.